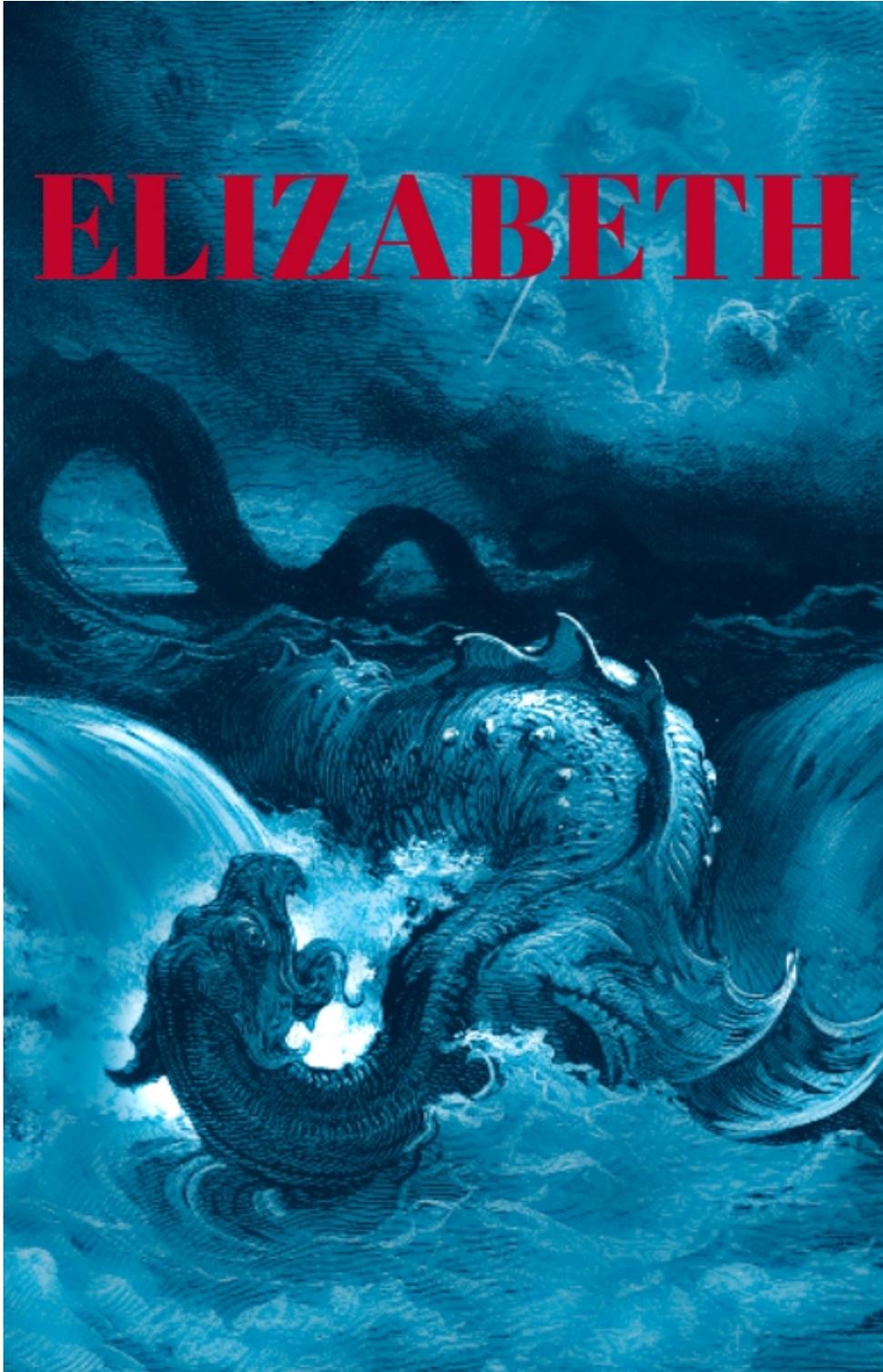


Elizabeth

Neus Luna



Capítulo 1

Siempre le habían gustado aquellos ojos, infinitos y sinceros como los espejos.

Pero solo los había visto en sueños y como todas las cosas hermosas, cuanto más reales se vuelven, más débil parece su hechizo. Ahora que su cuerpo había caído al agua y se hundía en el abismo, ahora que su cuerpo había caído al agua y se hundía en sus entrañas, ahora que su cuerpo había caído al agua y se hundía de nuevo en un ciclo perfecto de resurrección y muerte, la mirada de su dios comenzaba a apagarse para ella.

El cuerpo mutilado de quien había sido Jacques, Elías, Fernando, Ziyet, Morwan y muchos otros flotaba hinchado a su alrededor, la cabeza aún mostrando un gesto de dolor dibujado en los labios. Él siempre acababa así.

Abrazada a ella, consciente de todo lo importante, su eterna compañera de cabello oscuro. En este último tiempo había conocido finalmente la verdad que tanto anhelaba comprender. Y no solo la había perdonado, sino que además había aceptado alegremente el destino de bailar juntas sobre las brasas, hasta que el suelo se convirtiera en infierno. Sentía en el corazón su cariño sincero y su emoción verdadera, pero había algo en su cabeza, oculto tras unos recuerdos ya perdidos, que le advertía sobre ella.

Finalmente, los buscadores de la verdad y la eterna rival fueron los últimos en caer al agua. Vivos todavía, trataron de gritar aterrados por la presencia camuflada en la oscuridad, silenciosa y ondulante. Desde el Primero hasta el Último abrieron la boca para respirar y desde el Primero hasta el Último fueron consumidos por el apetito de la gran serpiente. Lo que caía en la profundidad era suyo y todo lo que era suyo inhalaba su sangre de agua y expiraba su muerte dolorosa, violenta, temporal. La lluvia de sus lágrimas resbaló ya negra por las mejillas y escapó de sus bocas entre arcadas.

La presión rompió huesos y estalló entrañas. Era la divinidad, cada vez más real, cada vez más cerca.

El agua se derramó sobre la nada y se abrieron las fauces del uróboros. Pronto volverían a despertarse en un lugar diferente, pronto la adepta volvería a tener otro nombre, otra historia, otra vida, otra revelación de una verdad conocida pero largamente olvidada. La inmortalidad absoluta había sido el regalo de su dios, que destruía y creaba mundos para ella, doblegando a sus deseos las posibilidades de todos los acontecimientos. Quería placer, obtenía placer, quería sufrimiento, obtenía sufrimiento, no

importaba el si el deseo había sido auténtico o efímero, no importaba si el deseo había sido consciente o subconsciente. Tan solo una palabra suya bastaba para condenarla hasta el necesario final de cada existencia: el despertar.

Pero esta vez trataría de romper con todo, de escapar de la prisión de un regreso eterno. Solo tenía que acordarse del plan y usar las palabras correctas, elegir una y otra vez el mismo nombre para diferentes cosas hasta que la absurda repetición reclamase la atención de su memoria.

Los cuerpos vivos y muertos chocaron unos contra otros cuando el espacio comenzó a plegarse sobre sí mismo sobre la negrura. La adepta alcanzó la cabeza cortada que la rondaba y besó los labios fríos mientras sus cabellos se enredaban en un nudo imposible. Prometió que esta vez sería diferente y mantuvo la promesa todo el tiempo que pudo antes de que su cuerpo comenzase a deshacerse.

Sostuvo la mirada fija en los ojos cerrados de él mientras todo su ser se deshilachaba, tratando de grabar aquella imagen a fuego. Sintió que su columna se doblaba hacia atrás bruscamente y que sus pupilas reventaban bajo sus párpados en un terrible latigazo de dolor pero aun así siguió mirándolo desde algún lugar más allá del tiempo. Hasta que todo murió finalmente, hasta la primera luz del sol, hasta que los ojos de él volvieron a abrirse en un rostro diferente, hasta que la existencia se retorció sobre un sueño y olvidó quien era, siguió mirándolo.

Y despertó.